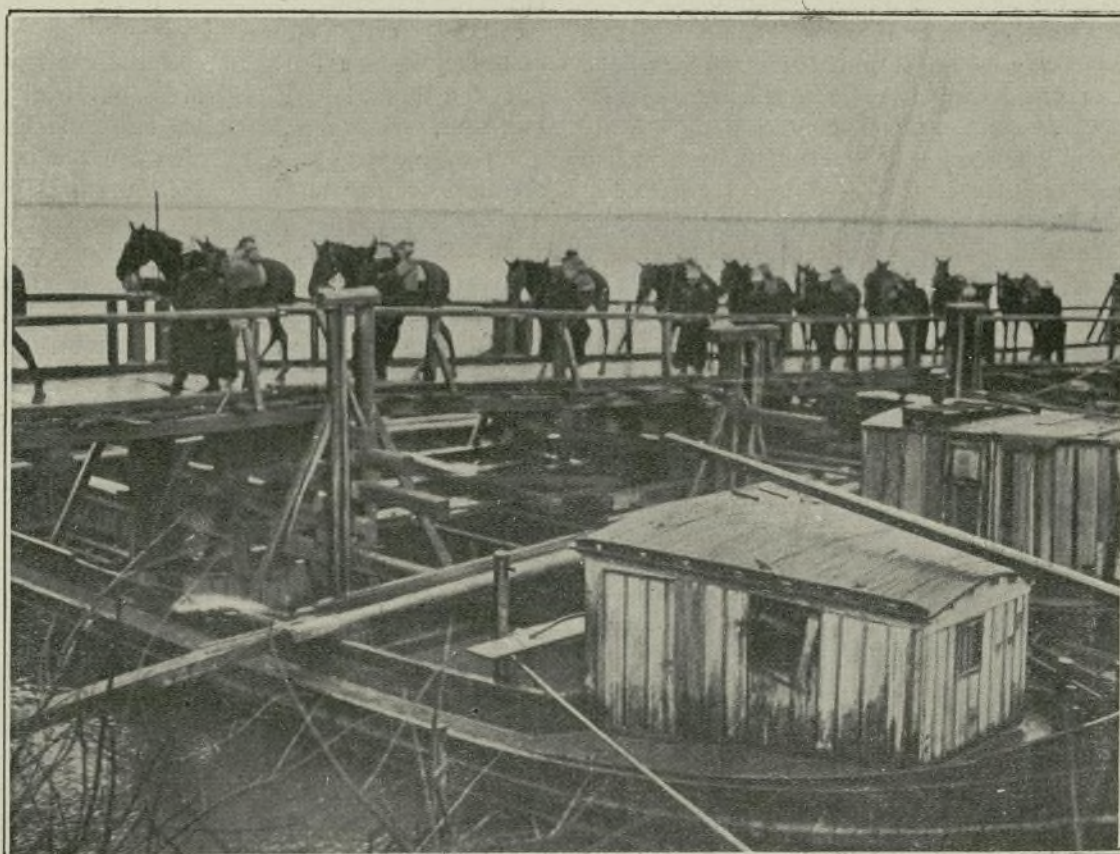


LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 83.—BARCELONA 16 DE DICIEMBRE DE 1915



Paso de caballería austriaca por un puente de barcas sobre el Danubio

CRONICA INTERNACIONAL

I. El debe y el haber.—II. El buen y el mal pagador. —III. El ocaso del sol inglés, en Asia

I.—El debe y el haber

El empréstito francés ha despertado el entusiasmo en el pueblo, que ha visto en la operación de crédito el medio de manifestar su patriotismo; Italia se ha adherido al compromiso de no concertar la paz aisladamente, y hace causa común con sus aliados; son más estrechas cada día las relaciones entre los gobiernos francés y británico; se han desvanecido, por ahora, los temores de que el descontento en Rusia se tradujera en agitaciones, motines y disturbios... Hechos son que hay que apuntar en el *haber* de la *Entente* y de los cuales se envanece la prensa aliada. Razón tiene para ello, pero aún la poseería mayor si otros de índole análoga, de que nos dan ejemplo diario Austria-Hungría y Alemania, no se reputasen favorables a los Imperios centrales. Pero ni aun en esto es posible el acuerdo: lo que para unos se pinta como hijo de la necesidad y de la desesperación, se atribuye en otros a la confianza y el entusiasmo. Son tan difíciles de apreciar los móviles de las acciones humanas y colectivas, que más vale dejar

este punto para que cada cual lo interprete a su gusto.

En el *debe* de la *Entente* hay que anotar: la resistencia de Rusia e Italia a tomar parte efectiva en el Consejo superior director de la guerra; la actitud nebulosa de Grecia y el cambio que se observa en la opinión rumana; el aplastamiento de Serbia; el ataque a Montenegro; el descontento en Persia; y el fracaso de la expedición británica a Bagdad.

El *debe* y el *haber* se sintetizan en dos palabras: en lo que depende de sí mismas, las naciones aliadas despejan las dificultades; cuando se tercia algún neutral o se tropieza con los adversarios, la mejor parte es para éstos; y cabalmente ella es lo que ha de resolver la guerra, toda vez que no basta la propia voluntad, sino que lo indispensable es abatir la del bando opuesto. En este concepto, los negocios siguen yendo mal para los aliados, desde que los rusos fueron derrotados en Galicia. Porque en la guerra, hay que desengañarse, los únicos argumentos decisivos son las victorias militares; todo lo demás es oropel que sirve, a lo sumo, para tranquilizarse a medias y recobrar la confianza.

II.—El buen y el mal pagador

Inglaterra está empezando a pagar el desconocimiento que durante muchísimos años ha tenido de la fuerza interna, del alma, de los demás pueblos. Ensoberbecida y fiada en su grandeza, no imaginó que pudiera llegar un momento en que hasta los más humildes tuvieran un valor real; y como había perdido la costumbre de tratarlos como iguales y los sometía a un régimen de inferioridad, no ha tenido, al tornarse críticas las circunstancias, la habilidad suficiente para desprenderse de unos hábitos incompatibles con la marcha de los acontecimientos. Abrija todavía la convicción de que el nombre mágico de Inglaterra doblega todas las voluntades; pero desde agosto de 1914 acá han ocurrido tantas y tales cosas, que hasta los ciegos han recobrado la vista y han sabido ver dónde estaba la flaqueza y dónde la fuerza.

A semejante error se debe en gran parte lo que está sucediendo a los anglo-franceses en sus relaciones con Grecia. Se dirigieron a ella como si la hoguera estuviera muy lejos de los Balkanes, creyeron que la manejarían a su antojo por considerarla indefensa e impotente; y no advirtieron que los ejércitos aliados estaban a merced de los griegos, y que un tropel de búlgaros y austro-alemanes se acercaban a marchas forzadas, llevando clavada la victoria en las puntas de sus bayonetas. Estuviera pacífica y tranquila la región balkánica, y Grecia se doblegara a cuanto de ella se exigiese, pero hay otro señor muy cerca, al parecer más poderoso, y Grecia no tiene ya que temer tanto a los aliados, porque si el caso llega tendrá quien la proteja. Su configuración geográfica, que le da un litoral extensísimo, y su existencia interior, que se nutre principalmente del comercio marítimo, no le permiten indisponerse con los aliados. Tampoco se malquistara con los formidables vecinos que tiene en sus fronteras terrestres; y en definitiva obrará de la misma manera que obrarían todos en su caso: poniéndose al lado de quien inspire más temor.

Todavía no se sabe, aunque se presiente, cuál será de los dos bandos el más fuerte. Entre tanto, es admirable la habilidad del Gobierno griego, que cede a la presión de los aliados sin acabar de inclinarse, y prolonga las negociaciones, poniéndose siempre en un punto de vista razonable y lógico. Los argumentos diplomáticos y las amenazas no despejarán la situación; es menester aguardar el choque entre los aliados que desembarcaron en Salónica, y sus enemigos que se acercan por el N.

Notorio es el cambio de opinión que se manifiesta en Rumania, a pesar de los halagos y promesas de la *Entente*. Ha pasado el tiempo de las promesas, y sólo son capaces de convencer los hechos positivos y palpables.

Los aliados cubrieron de esperanzas a Bélgica, y Bélgica está ocupada por los alemanes, sin que los franceses ni los ingleses hayan hecho nada para redimirla. Seguridades, más que promesas, se le dieron a manos llenas a la infortunada Serbia, y Serbia ha desaparecido sin llegar a ver los soldados aliados y sin que un solo ruso moviera un pie por socorrerla. Lo mismo está sucediendo con Montenegro. ¿Cómo va a creer Grecia en promesas, cuando con-

templa esos ejemplos y siente, dolorida, la pesadumbre del yugo inglés sobre islas griegas ocupadas con motivo de la expedición a Gallípoli, y se agita lastimada por el atropello de su neutralidad en Salónica?

En cambio, los alemanes prometieron su ayuda a Turquía, y generales, oficiales y soldados, cañones, submarinos, acorazados y material de guerra, afluyeron a Constantinopla; no fueron promesas ni escarceos retóricos, sino realidades, lo que los alemanes enviaron a Turquía. Se comprometieron después con Bulgaria, y toda la Macedonia serbia, por lo menos, está en manos de los búlgaros. Entre el que promete y no paga, y el que cumple puntualmente sus compromisos, la elección no es dudosa. Y no basta prometer; es necesario prometer a tiempo y dar garantías de que el cumplimiento es posible. Estos aforismos tan simples, que dicta el buen sentido, han sido olvidados por Francia e Inglaterra al negociar con los Estados Balkánicos; hicieron uso de los antiguos métodos de complicar las cuestiones y buscar fórmulas que dejaran un portillo abierto, forjándose la ilusión de que así contentaban a todos, cuando en realidad disgustaban a los unos y los otros. ¡Así les ha resultado su gestión diplomática en los últimos meses! Hora es ya de que arrinconen las habilidades y las palabras estén en armonía con los actos.

III.—El ocaso del sol inglés, en Asia

Expresivo es el hecho de que Inglaterra, que jamás ha prodigado los elogios a nadie, trate con respeto, con afecto, hasta con solicitud, a naciones neutrales que parecían no existir para ella. Si esto se hace de corazón, merecedor es de aprecio, siendo lástima que se haya tardado tanto en reconocer que en el mundo hay algo más que intereses británicos. Pero bueno es empezar, y nunca es tarde para entrar en el buen camino.

Una cuestión pavorosa ha surgido para Inglaterra. Se ha dicho con razón en estas columnas, que uno de los mejores medios de contrarrestar la acción de los alemanes en los Balkanes y en el Asia Menor, consistía en la invasión de la Mesopotamia, y allá fueron los ingleses hace ya más de medio año. Cuando se creía que Bagdad estaba bamboleándose y que el prestigio otomano recibiría un golpe de muerte en el centro de Asia, se recibe la noticia de que quienes han fracasado han sido los ingleses, y que la media luna ha conseguido un triunfo importantísimo. En países de elevada civilización, este acontecimiento no tendría extraordinarias consecuencias, pero no sucede lo mismo en Mesopotamia, inmediata a Persia, Afganistán y la India. Se creía en aquellos países que los britanos eran invencibles, y de pronto se patentiza lo quebradizo del poderío inglés. Se van sabiendo poco a poco los disturbios que estallan en la India, las correrías de los afganes, la actitud belicosa de los persas. El desastre de Ctesifón repercutirá, a no dudarlo, en los pueblos mahometanos, en sentido harto desfavorable a los ingleses, pero en qué grado y hasta qué punto, no es fácil de presumir. El fracaso en Gallípoli, la malaventurada expedición a Salónica y ahora la derrota en Mesopotamia, significan la declinación del pres-

tigio británico en Asia. Fueron a esas regiones los ingleses para afirmar y robustecer su fuerza moral, y la han perdido; corriendo en pos del éxito, han encontrado la desgracia; querían restar fuerzas al enemigo, y le han fortalecido. No basta querer, cuando no se puede o no se ponen los medios indispensables. Para ejecutar mal una empresa, más vale no acometerla; por lo menos, no se dan armas al enemigo.

Tardaremos mucho tiempo en saber los efectos del fracaso de la campaña en Mesopotamia; pero que son graves y de trascendencia no debe ponerse en duda. No podrá ahora Inglaterra achacar las culpas y responsabilidades más que a sí misma.

F. LARIN.

BULGARIA Y LA DECISIÓN DE LA GUERRA

Para quienes están apartados hace dieciseis meses de la realidad, y se forjan ilusiones tras ilusiones, que jamás se realizan, que tampoco nunca les desengañan, no hay problema: los Imperios centrales serán vencidos y la guerra no puede tener otro término que la victoria de los aliados. Cómo se llegará a esta victoria es otro cantar; hay que cerrar los ojos a todo lo tangible, prescindir de lo palpable, y entregarse a hipótesis, cálculos y fantasías. Los tales son refractarios al convencimiento, los argumentos más sólidos no les hacen mella, y su razonamiento es muy sencillo después de cada fracaso: peor hubiera podido ser el descalabro, y como los alemanes aún no han vencido, no vencerán jamás. Es inútil discutir con quien no se dejará convencer. Dejémoslos, pues, bañados en agua de rosas y entregados a optimismos, que sólo son posibles cuando ni se tiene la responsabilidad de la derrota, ni tocan de cerca ni de lejos las amarguras del desastre.

Las personas imparciales y de juicio sereno reconocen que, hoy por hoy, la mejor parte la llevan, a todas luces y en todos los aspectos, Austria-Hungría y Alemania. Dentro de este estado de cosas, especulemos sobre la decisión de la guerra. Si mañana las cañas se vuelven lanzas, y son los aliados quienes gozan de las dulzuras del triunfo, será ocasión de discutir en cuál teatro y hacia qué objetivo dirigirán el golpe final. En este momento, semejante labor equivaldría a perder el tiempo; razonemos tomando como base los hechos y la situación de la guerra.

¿Donde se encontrará la decisión de ésta? No en Rusia, a menos que estalle allí un alzamiento popular, movimiento no tan improbable como muchos creen. El Imperio blanco posee territorios para dar y regalar, hombres en número inagotable, y tiene que temer poco del hambre, dada la frugalidad del campesino y lo abundante de las cosechas. Si nadie le empuja desde el interior de su casa, Rusia podrá guerrear un año, dos, diez; perderá más provincias, se arruinarán la industria y el comercio, pero la agricultura bastará ampliamente para toda su población. Quedará fuera de combate ¿cómo no?, mas teniendo a su alcance el recurso de la retirada, interpondrá leguas y leguas de terreno entre sus tropas y las enemigas, y nadie podrá obligarle a la paz. Es claro que el país no soportaría una guerra de años y años, que sumaran desgracias a desgracias; con todo,

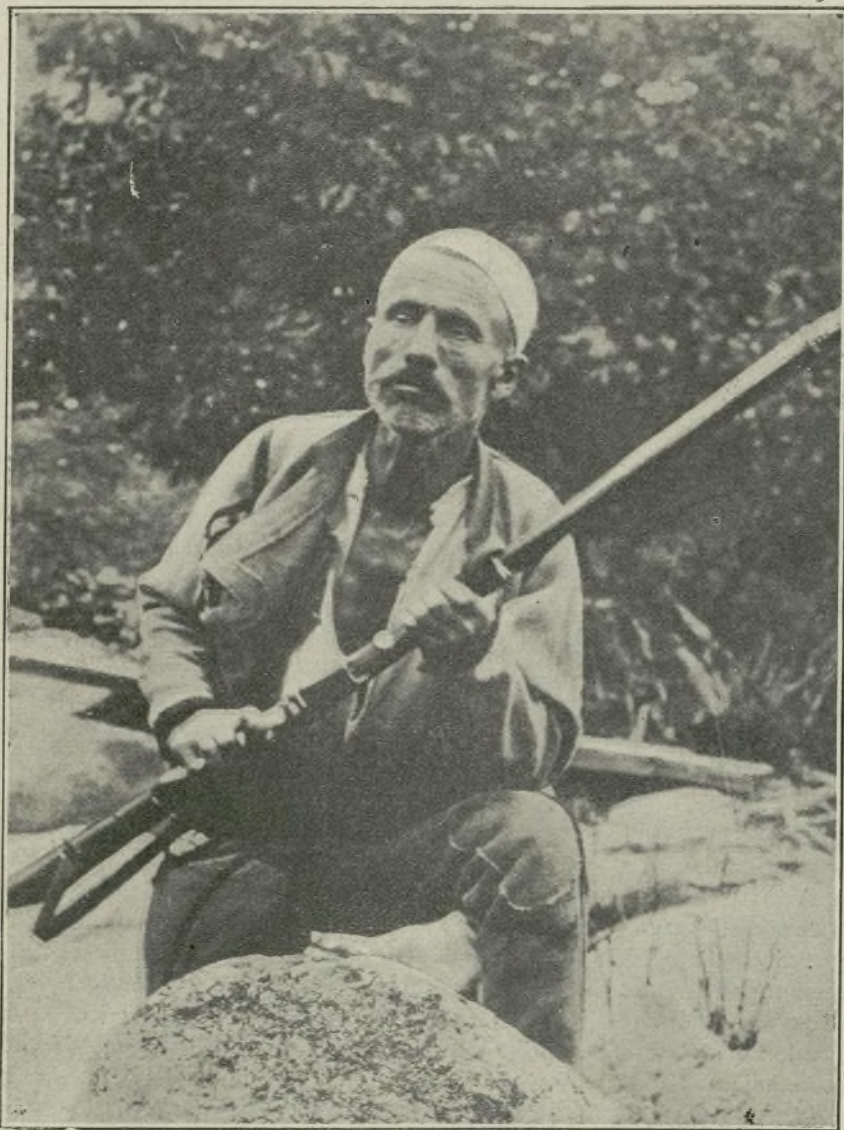
ello es independiente de la voluntad de los alemanes, y harán muy bien éstos si prescinden de una eventualidad que puede presentarse y dejarse de presentar.

¿Estará el bendito fruto de la paz en Italia? Menos aún. La intervención de los italianos en la guerra no ha modificado en lo más mínimo los planes y la acción de los alemanes y austro-húngaros en los demás teatros, ni ha repercutido tampoco en sentido favorable a los aliados. Los combates en el Tirol y el Isonzo son una especie de divieso que ha salido a los germanos, sin comprometer su salud. Venciendo a Italia los centrales estarían en aptitud de enviar doscientos o trescientos mil hombres más a otro teatro, pero como no sería menor de este número el de bajas que ocasionara una campaña ofensiva, no hay ninguna razón urgente que aconseje ese sacrificio. Bastante castigada está Italia con el convencimiento de su impotencia y el papel poco lucido que está representando. Si su ayuda no ha servido de nada a sus aliados ¿cómo iban éstos a preocuparse ni aterrarse por la derrota de Italia? Las cosas seguirían exactamente lo mismo que antes.

Seguramente, se dirá, la derrota de Francia conduciría a la paz. No es del caso investigar la posibilidad de la ruptura de las líneas francesas, ni evaluar las pérdidas que padecerían los alemanes. Estos son puntos de orden militar que no interesan para la finalidad de este escrito. Si hace un año los alemanes hubiesen llegado a París y luego a Lyon, la paz seguramente fuera un hecho; hoy, no. En 1870-71 fué menester ocupar la mitad o más de Francia para que ésta se rindiera. En la actualidad, acostumbrada la nación a la guerra y al sacrificio, y resignada a ver en su patria al invasor, ni la pérdida de París, ni la de Lyon la moverían a deponer las armas. Sería menester que el ejército francés sufriera un desastre como los de Tannenberg y Augustovo, y aquellas tropas no son de la madera de hace cuarenta y cinco años. ¿Se ha pensado, además, en el quebranto que impondría a los alemanes una invasión tan intensa? No es admisible ese avance mientras haya guerra en Rusia y, más aún, mientras Inglaterra no sea humillada. Al contrario, pues, de la opinión general, la decisión de la guerra no se encuentra, tal como hoy se presentan los acontecimientos, en el suelo francés.

Claro es que no hay que buscarla en las islas británicas, que demasiado saben los ingleses están a salvo de un desembarco. Pero si no en territorio inglés puede muy bien estar en territorio británico, mejor dicho, en los caminos que conducen a las fuentes y bases del Imperio británico. ¿Es menester llegar al canal de Suez o ir con la antorcha del incendio hasta la India, para que Inglaterra se muestre conciliadora? ¿Habría quien piense en el Canadá, en Australia, ni siquiera en los dominios del Cabo? ¿Es tan interesante Egipto como se viene admitiendo? En esta materia abundan los tópicos y las frases hechas; para derrumbar una estatua basta minar su pedestal; para abatir aquel Imperio, es suficiente poseer las arterias que conducen a las entrañas vitales; y esas arterias no han de encuadrarse en un marco pequeño, ni particularizarse. El canal de Suez es vitalísimo, pero sería una utopía imaginar que Alemania ni Turquía esperan apoderarse de él; ni hace falta para obtener un resultado equivalente.

Si España recobrara Gibraltar, Malta volviera al seno de Italia y Chipre se reincorporara a Grecia, el canal de Suez valdría muy poco para Inglaterra. Lo interesante es la ruta que lleva al canal, esto es, el dominio del Mediterráneo. Hoy está en manos de los ingleses, porque aun cuando se revolvieran contra ellos las escuadras reunidas de Italia y Francia, las espléndidas bases navales de que dispone Inglaterra cortarían el camino a los barcos enemigos y les obligarían a aceptar la batalla en inferioridad de condiciones. El Mediterráneo oriental, es la parte



Un soldado serbio de la última reserva

más interesante de la cuenca interior marítima. Hasta ahora, ni Grecia, ni Turquía eran de temer. Pero un nuevo factor está apareciendo, en el que se encuentra un peligro no sospechado: Bulgaria.

Aumentando la longitud de su litoral en el Egeo, gracias a la rectificación de su frontera con Turquía, engrandecida con la conquista de la Macedonia serbia, Bulgaria está apercebida, si Grecia no se muestra razonable, a extenderse hasta la antigua Tesalia, y ese día, en estrecho contacto como se encuentra con Austria y Alemania, habrá aparecido en los Balcanes algo que se creía imposible, quimérico: una potencia marítima. Sin embargo, por grande que sea este peligro para Inglaterra, existe otro mayor aún.

Turquía, dando oídos a Alemania, ha comprendido por fin que en Europa jamás podrá volver a figurar en primera línea, pero que le aguarda un espléndido porvenir si, dejándose de poner su atención en Tracia, se dedica a explotar los inmensos y variadísimos recursos de sus provincias asiáticas. Hasta ahora, la Anatolia, la Siria, la Armenia, la Mesopotamia... no eran más que meros servidores y abastecedores de la minúscula Turquía europea; ha cesado ya este absurdo, y el buen juicio se ha impuesto en los gobernantes otomanos. En lo porvenir,

habrá de entenderse por Turquía el occidente de Asia y no, como ahora, el apéndice del S. E. de Europa; no habrá aquí más que el candado que cierre la puerta a Rusia. Quien habla del resurgimiento interior de la Turquía asiática, no puede dejar de referirse a Persia, hermana, por la sangre, de Turquía, y enemiga natural de Inglaterra y Rusia.

No pudiendo soñar los alemanes ni los austriacos con dominar el Egeo, han de buscar en los países bañados por este mar el contrapeso de su inferioridad en el del Norte y el Adriático. ¿Quién será osado a negar que Turquía podrá improvisar una escuadra, construída en Alemania, que con la búlgara y tal vez con la griega, la ponga en una situación invulnerable en el Egeo, antes de diez años? Cuando este caso llegue, el canal de Suez estará a merced de los Balcanes, y la Gran Bretaña habrá perdido para siempre la supremacía en el Mediterráneo. Temiendo encontrarse aislada de la India y Oceanía tendrá que transigir en el mar del Norte, primero, y luego en el Atlántico, y no será ya la dueña del mundo, sino una de tantas naciones, menos que muchas de ellas.

Al mismo tiempo, no transcurrirán ni cinco años sin que se termine, en los trozos que faltan, el ferrocarril de Bagdad y otras arterias transversales, y entonces los productos de la India podrán venir a Europa por un camino más corto; aparecerá la competencia comercial, sobrevendrán las luchas económicas, precursoras de otras más sangrientas, la influencia europea en aquel dilatadísimo país no será solamente británica, y se desgajará de la corona del rey Jorge su más valioso florón; el cual puede desprenderse antes si Turquía, con Alemania, reorganiza su fuerza militar en Asia y se lanza a buscar en aquel continente las compensaciones a que cree le dan derecho sus amputaciones en Europa.

En este concepto, mucho antes de que los turco-alemanes se aventuren en los desiertos del Sinaí, en demanda del canal de Suez, quedará planteado para Inglaterra, lo está ya, el problema más grave que podía temer: la pérdida definitiva del Mediterráneo oriental. Tiene aún la esperanza de que se realice el viejo proverbio, según el cual, lo que es de muchos de nadie es; pero la hace estremecer de pavor el convencimiento de que la mano de Alemania anda por medio.

El equilibrio entre Bulgaria, Grecia y Turquía, sería un triunfo para Inglaterra. ¿Cómo iban a estar siempre bien avenidas naciones tan antitéticas? En cambio, si la hegemonía pasara a Bulgaria o a Grecia, se obscurecería el sol que ilumina los dominios británicos. Una Bulgaria fuerte, europea, potencia naval, en Europa; una Turquía fuerte, potencia naval en el golfo Pérsico, en Asia: eso es lo que desea Alemania y lo que teme Inglaterra. La consecución de ese ideal depende en gran parte de Grecia; de buen grado no extremarían los germanos su benevolencia a Bulgaria, con tal de que los griegos les ayudaran en la empresa dirigida contra la Gran Bretaña; pero ¿se contendrá Bulgaria? ¿Podrá afrontar Grecia la crisis que le espera? No tardaremos muchas semanas en saberlo.

Véase, pues, cómo, en ese duelo a muerte entre Inglaterra y Alemania, que no llegará a su fase final, los árbitros, los factores decisivos, son los Estados Balkánicos, y a la cabeza de todos ellos, Bulgaria. Si se desmanda, si se ensoberbece, no sería extraño que para hacerla entrar en razón se esgrimiese a Rumanía, una vez arrancada definitivamente de la órbita de atracción de Rusia.

.....

das sobre el abismo, hasta tocar en tierra; como es natural, sorprenden a los austriacos, que se dan a la fuga abandonando armas y municiones.

—Este ardid lo habrá copiado Annunzio de Garibay. ¡Menudo susto! se llevarán los austriacos, viendo bajar de las nubes a los alpini y bersaglieri! ¿No sabe V. a qué han apelado los austriacos contra esos ataques de sus adversarios?

(El señor A).— ¿A subirse ellos todavía más arriba?

—¡Cal! ¡No señor! ¡A cilindros de lona, como envueltas de longanizas! Cuando descubren un cabo



El archiduque austriaco José, en campaña

CONVERSACIONES DE LA GUERRA

Los penitentes

(El señor A).—¿Se ha enterado V. don Subrio, de las hazañas de los italianos?

—¿En el Isonzo o en el Parlamento?

(El señor A).—En el Tirol, en los picachos del Tirol.

—¿Será en el Col di Lana, donde se enseña prácticamente el trasquileo!

(El señor A).—Ahora los italianos operan suspendidos de cuerdas. Suben a un pico, fijan una cuerda a las rocas y se deslizan por ellas, suspendi-

de cuerda que se balancea en el espacio, ponen debajo el saco sin fondo y en él van cazando a los gimnastas; de trecho en trecho hacen una ligadura, y con poco trabajo queda formado un excelente embudo.

(El señor B).—Lo que yo no comprendo es por qué los italianos se toman la molestia de trepar como las cabras a los picos, para descender luego cogidos a maromas, con riesgo de romperse la crisma. ¿Qué harían, si los austriacos quemasen gases asfixiantes? ¿Por dónde escaparían? ¿Por las nubes?

—¿Por qué habrían de escapar? ¿Qué pueden los gases asfixiantes contra ellos? Otra cosa sería si los austriacos ejecutasen música de Wagner o de Strauss;

entonces sí que perderían el juicio los *dilettantti* del *bel canto*.

(El señor B).—¿V. cree, don Subrio, que no es una paparrucha eso de las cuerdas?

—Es un medio de hacer penitencia como cualquier otro.

(El señor B).—¡No me hable V. de sacrificios y penitencias! Estas cosas se han de tomar en serio, como las toman los ingleses.

—¿Qué es ello? No tenía noticia de lo que V. dice. ¿Disciplinan los ingleses a los griegos, azotan a los egipcios? ¿No harán penitencia al estilo de Sancho, que azotaba al árbol y él se comía las brevas?

(El señor B).—Va V. a saberlo. El obispo anglicano de Oxford recomendó hace pocos días, que los ciudadanos ingleses, para auxiliar a sus compatriotas que se baten en el frente, se mortificaran absteniéndose de beber vino y licores.

(El señor A).—No veo la ayuda. ¿Acaso el vino y los licores proceden de Alemania?

(El señor B).—El obispo....

—¿Anglicano?

(El señor B).—Sí, anglicano; de Hereford, a su vez, abrió una cruzada contra el uso del tabaco, también para favorecer a los ejércitos de operaciones.

—Y el obispo de X, prohibió el uso de los mondadientes o el de las zapatillas, ¿no es eso, señor B? ¡Cómo discurren los ingleses! Y, diga V., ¿han hecho caso en Inglaterra de los consejos de sus anglicanos?

(El señor B).—Hasta en esos detalles se revela que aquel es el país de la libertad. No han faltado quienes opinen contra sus obispos, por supuesto, con todo respeto.

—¿Sería V. tan amable que nos diera a conocer tales opiniones?

(El señor B).—Con mucho gusto. Un señor Clodd declara que fuma cigarros de Jamaica, y que así contribuye a que aumenten las rentas del Estado.

(El señor A).—No está mal contestado, sobre todo siendo de Jamaica los cigarros.

(El señor B).—Otro mister Oxon manifiesta que por falta de dinero ha tenido que suprimir el vino, y que a pesar de que siempre creyó que el uso moderado del vino beneficiaba la salud, se ha convencido ahora que la abstinencia no le ha mejorado, ni le ha perjudicado.

—¡Conocimiento precioso para la ciencia! ¿Han dado cuenta a la Academia de Medicina, de hecho tan insólito como inesperado?

(El señor B).—Cierta T. L. Papillón increpa al obispo de Hereford porque truena contra el tabaco no siendo fumador, y añade que él—T. L. Papillón—tampoco fuma, pero que no le molesta que los demás fumen, a condición de que a él—T. L. Papillón—le dejen beber vino, que le sienta muy bien en el estómago, según experiencia de muchos años. Hay que advertir que T. L. Papillón es canónigo anglicano.

—¡Poderoso ingenio el de Papillón! ¿No ha terciado en el debate el chistoso Booth, general del «Ejército de Salvación»?

(El señor B).—Sí, por cierto, pero reconozco que no he entendido lo que dice: que los fuertes han de apoyar a los débiles, que las intoxicaciones son peli-

grosas, que hay que tener paciencia, y que la prohibición real sobre el abuso de bebidas alcohólicas refleja el espíritu esencial del cristianismo.

(El señor A).—¡Comprendido! ¡Música... no celestial, y después se pasa la bandeja!

(El señor B).—Percy Hollams hace profesión de fe de fumador, y añade que como el obispo de Hereford no fuma, desconoce los placeres del tabaco y el gran consuelo que a veces produce, lo mismo en el frente que en el Imperio.

—¡Pobre anglicano! ¡E ponen verde sus feligreses. ¿Se ha ido con la música a otra parte o sigue dándole al parche?

(El señor B).—Una respuesta notable es la del general John Hart Dune: el obispo no tiene experiencia de las ventajas del tabaco y no puede hombrarse en este concepto con el general, que hace 63 años que fuma y ha aprendido que el aromático humo es un excelente antídoto contra la malaria. En la guerra de Crimea, en 1854-55, una buena pipa templaba los nervios y confortaba el estómago, que andaba algo ligero de alimentos; por consiguiente, protesta contra las exhortaciones pastorales.

(El señor A).—¿Qué opina la varonil generala de las sufragistas, la intrépida mistress Panhurst? Porque ¡seguramente fuma en pipa y alza el codo!

—Está desesperada porque no acaba de brotarle el bigote.

(El señor B).—Merece la pena de leerse íntegra la opinión del señor E. C. Clark. Dice así: «Tengo ochenta años de edad. Gozo, y celebro mucho decirlo, de muy buena salud...»

—¡Por muchos años!

(El señor B).—«... gracias, como sé por experiencia, el uso moderado del vino—sobre todo de un clarete que me envían de Burdeos...»

—¡Pillín! ¡A los ochenta años y se recrea con vino de Burdeos, del propio cosechero! ¡Que le entren moscas a ese mozo!

(El señor B).—«He suprimido más de un gasto por causa de la guerra. Pero esa dieta de vino no estoy dispuesto a aceptarla, ni a pesar del buen ejemplo del Rey, por quien siento el más profundo respeto, ni por las predicaciones de fanáticos...»

—¡Atiza! ¡Llamar fanático a un anglicano, más o menos obispo! ¡Cómo las debía gastar el veterano, a principios del siglo pasado!

(El señor B).—«... fanáticos, sean «distinguidos» o no, por quienes no siento el menor respeto...»

—¡Hereje, además, el pollo! ¿No será una figura retórica aquello del «uso moderado» del clarete que le envían de Burdeos? Verdaderamente, no hay para menos. ¡Acortarle la ración de alcohol a un muchacho que entra en las tempestades de la juventud! ¡Cómo está la sociedad!

(El señor B).—«En cuanto a la cuestión del tabaco, suscitada por el obispo de Hereford, como no soy fumador, no puedo dar opinión. Pero estoy seguro, por muchos de mis amigos y relaciones, que ellos atribuyen al uso del tabaco el mismo beneficioso efecto sobre la digestión...»

(El señor A).—¡Esta es la madre del cordero! ¡Que no nos turben la digestión!

(El señor B).—«...que yo atribuyo al uso del vino». ¿Qué les parece a ustedes?

—M: ha convencido el mozo. El clarete y el ci-

garro favorecen la digestión, pero sin duda los clérigos anglicanos se ponían en otro caso: en el de los que no pueden hacer la digestión, porque no tienen lastre que echar en el estómago.

(El señor A).—¿Se refiere V. a los indigentes y menesterosos?

—No; a los ingleses en general. Porque, al paso que van las cosas, dentro de muy poco tiempo serán muy pocos los britanos que puedan regodearse como el párvulo de los tiempos de Napoleón. ¿No hay más opiniones?

(El señor B).—Varias, pero sólo voy a dar cuenta de una más. Cierta caballero declara que no comparte el parecer de los obispos, y que no seguirá sus consejos; pero, añade, respeta y aprecia los motivos que les han inducido a abrir la campaña en favor de la abstinencia.

—¡Guasón! ¡Eso es una tomadura de pelo en toda regla! ¡Respetar las palabras evangélicas, y alternar los grandes tragos con bocanadas de humo de cigarros exquisitos! ¡Ese sí que es un verdadero partidario del derecho y la libertad! Ya era hora de que encontráramos un inglés de cepa.

(El señor A).—Como resumen de todo esto, ¿qué deduce V., don Subrio?

—Que Inglaterra sigue siendo el país del *humour*, y que aunque lo prediquen obispos, los britanos no están dispuestos a hacer penitencia. Lo malo para ellos es que hay otros predicadores más convincentes y que han logrado lo que no supieron alcanzar los anglicanos.

(El señor B).—¿Quiénes? ¿En dónde?

—Los turcos, en Mesopotamia. Sin duda la contemplación de aquellos paisajes bíblicos han movido a los ingleses al arrepentimiento de sus culpas; bien sudan la penitencia impuesta, en forma de carreras a pie.

SUBRIO ESCÁPULA

LA EVOLUCIÓN DE LA MARINA DE GUERRA

La aparición de los submarinos ha tenido, como inmediata consecuencia, la de los monitores. Los acorazados y demás barcos de combate pueden salir a alta mar y navegar en ella, bajo la protección de escuadrillas de torpederos y cazatorpederos, que forman una especie de red alrededor del grueso de la flota, y previenen los ataques de los submarinos; pero en las operaciones navales contra las costas, que requieren la permanencia de los barcos en puntos inmediatos al litoral, ya no es posible que la vigilancia sea tan eficaz; así se puso de manifiesto en el mar del Norte y en los Dardanelos: los submarinos, conociendo de antemano la situación aproximada de la presunta víctima, se deslizaban por debajo de los buques ligeros y vigías, y herían a los de combate.

Se impuso el empleo de los monitores, para bombardear el litoral belga ocupado por los alemanes y las posiciones turcas de Gallípoli. Esos monitores tienen un casco de gran base y poca profundidad, y está dividido en varios compartimientos separados entre sí, de suerte que el submarino ha de sumergirse muy poco para lanzar el torpedo, y, por consiguiente, ha de descubrirse antes del ataque; la explosión del torpedo no causa destrozos irreparables en

la obra muerta del monitor, ni mucho menos acarrea el hundimiento de la nave. Sobre la cubierta del monitor va una torre, con artillería de gran calibre. Los alemanes montaron, a su vez, cañones muy pesados en el litoral belga, y esto obligó a aumentar el calibre de la artillería de los monitores y a disminuir aún más el calado de estos barcos. Con todo, la utilidad de los monitores sólo se ha patentizado plenamente en el Egeo, porque los turcos no han montado en las costas occidentales de Gallípoli cañones de calibre superior a 15 centímetros. En el litoral de Flandes, la artillería alemana es más potente, y los monitores no han dado tan buen resultado.

Definitivamente, los submarinos han sido destronados por los sumergibles, que han llegado a dimensiones gigantescas y a radios de acción que parecen increíbles. El tipo sumergible ha permitido el montaje de artillería, habiéndose comprobado que en muchos casos es más eficaz el fuego de cañón que el lanzamiento de torpedos. Para aumentar el radio de acción de sus sumergibles, especialmente de los enviados al Mediterráneo, se cree que los alemanes han construido otros sumergibles-almacenes, que ni tienen tubos de lanzar ni artillería, pero que en compensación llevan grandes cantidades de esencia. La velocidad de los tipos más modernos de sumergibles alcanza a 30 millas, navegando en la superficie. Asimismo se ha conseguido aumentar hasta 80 o 90 metros la profundidad máxima de inmersión.

Algunos ingenieros ingleses prevén una transformación completa de los barcos de combate en el sentido de hacerles sumergibles, incluso los más poderosos acorazados. Se comprende cuánto revolucionaría los métodos de la guerra naval, la aplicación a la práctica de aquella idea.

Según esto, las escuadras del porvenir se compondrían de unidades de combate y unidades de ataque, sumergibles las unas y las otras, y barcos exploradores de extraordinaria velocidad.

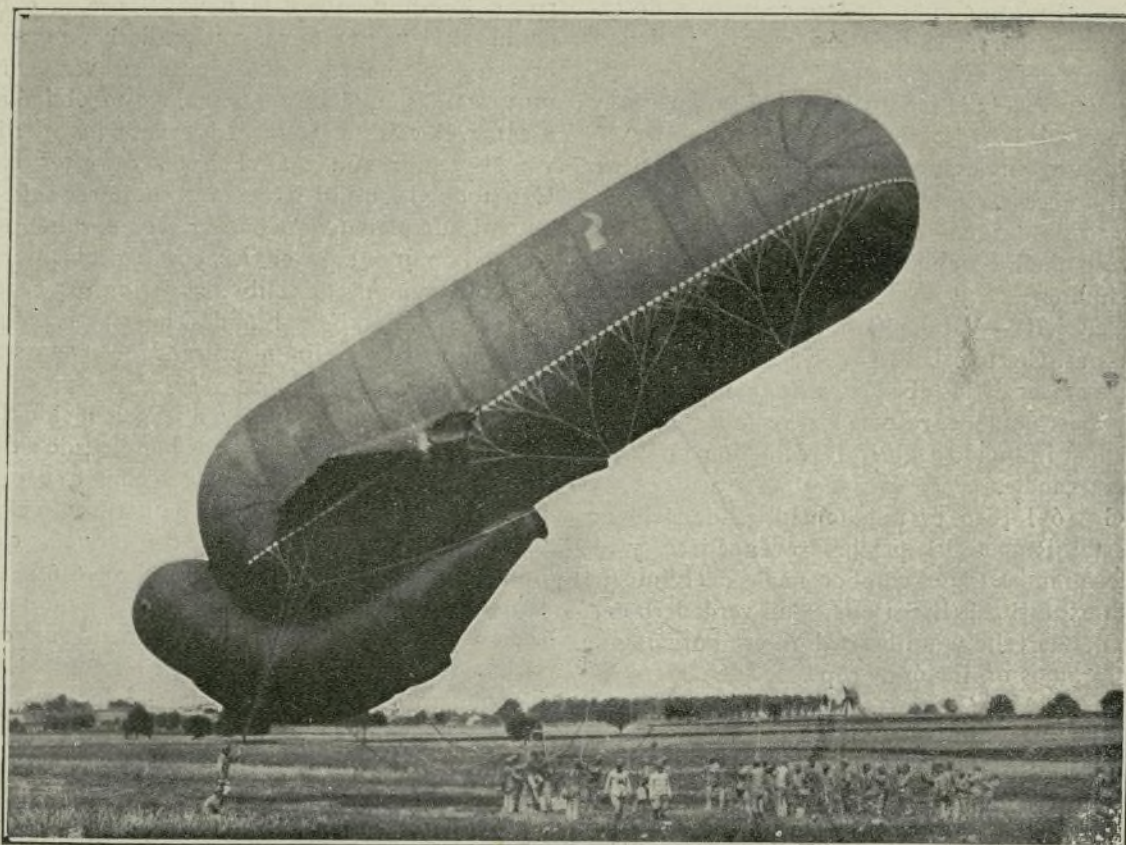
Dirigidos expresamente contra los submarinos, parece que los ingleses han construido un gran número—se dice que exceden de 500—de botes de vapor, de unos 25 metros de eslora, o longitud, que desarrollan una velocidad de 50 kilómetros por hora y están armados con un fortísimo espolón de acero.

Finalmente, los sumergibles están siendo utilizados como fondeadores de minas.

CON EL EJÉRCITO DEL GENERAL SARRAIL

Ahora, que los sucesos acaecidos permiten apreciar con más exactitud la situación que se creó en Macedonia poco después del desembarco de los franceses, tiene todavía más interés que en la fecha de su publicación, la siguiente carta, fechada en Salónica el 21 de noviembre, escrita por mister G. Ward Price, representante de la prensa británica.

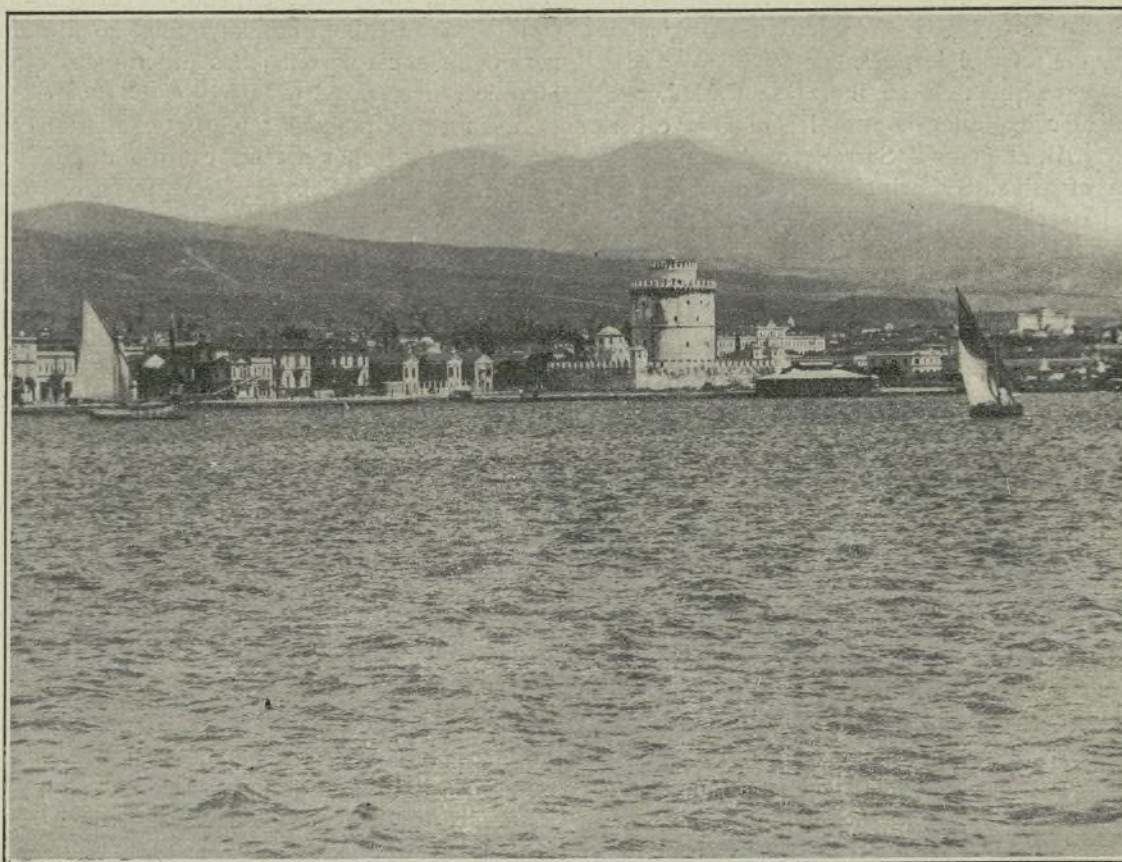
Las únicas tropas de las fuerzas aliadas en los Balkanes, que han entrado en combate, son las francesas. Los combates que han librado y las posiciones que al presente ocupan, atestiguan la energía desplegada por el general Sarrail en la situación que se le creó a última hora. También hay pruebas de la



Globo-cometa empleado en la observación por los austriacos, en Polonia



El Kaiser, con el príncipe imperial, revistando un cuerpo de ejército en el frente occidental



Salónica vista desde el mar



Tumbas de soldados serbios cerca de Belgrado

Ayuntamiento de Madrid

determinación con que sus generales atacaron al enemigo, superior en número, en un terreno muy difícil y tropezando con serios obstáculos, a varios de los cuales me referiré después.

Sin esperar que toda su fuerza se trasladara al frente y que cada destacamento llegara a la cabeza del ferrocarril, el general Sarrail tomó inmediatamente la ofensiva. Su principal deseo era prestar ayuda a los serbios, abriéndose paso hacia la columna que se defendía en el paso de Babuna antes de que fuera rechazada, por la fuerza del número, más allá de donde pudieran llegar los franceses. En cierto momento, sólo faltó recorrer 16 kilómetros para realizar esta unión. Pero fracasó, y la responsabilidad no recae sobre los serbios ni sobre los franceses, sino que dependió de un conjunto de circunstancias que condujeron a la llegada de nuestras fuerzas a los Balkanes cuando ya los serbios estaban casi aplastados.

Una insignificante línea férrea de vía única, con la hierba crecida entre los rieles, que corre desde Salónica junto al ancho, obscuro y ruidoso Vardar, al que sigue en todas sus sinuosidades, es el hilo de que pende nuestra campaña en los Balkanes. Por esa vía han de ser llevados todos los hombres, las municiones y abastecimientos. No hay otro camino, ni más ferrocarril. Este hecho debe tenerse muy presente al juzgar nuestras operaciones.

Las desventajas de este ferrocarril junto al Vardar se aumentan por el hecho de pasar por varios estrechos barrancos, donde la línea sólo encuentra el espacio preciso entre el río y un muro de roca. La más larga de estas gargantas es el desfiladero de Demir Kapu, a unos 140 kilómetros aguas arriba de Salónica. En este paraje, la vía férrea y el río marchan juntos en una longitud de 16 kilómetros, siendo la boca N. del desfiladero tan abrupta, que el tren llega a ella por un túnel de unos 100 metros. Es evidente, por lo tanto, que quien posea Demir Kapu puede detener la entrada en Macedonia, bien defendiendo la garganta o volando el túnel y apostando unos cuantos cañones para impedir su recomposición. Si así se hace, cualquiera que sea el número de soldados que haya en Grecia, será imposible llegar a Macedonia, a menos que se tome un camino muy largo, poco transitable.

Lo primero que hizo el general Sarrail cuando llegó a Salónica, el 12 de octubre, fué lanzar sus tropas, con toda la velocidad que permitía el ferrocarril, hacia adelante, para impedir que los búlgaros ocupasen aquel desfiladero.

La primera parada que los franceses establecieron en la vía férrea fué en Strumnitza, que está a la entrada del barranco de Demir Kapu. Aquel punto es de vital importancia, porque es el único lugar donde la línea cruza el Vardar y se desliza por el E. a poca distancia del territorio búlgaro. Envió destacamentos a las alturas situadas delante de la frontera búlgara, y enseguida pasó al otro lado de Demir Kapu, hasta Krivolak, donde, después de un combate, los franceses establecieron una fuerte cabeza de puente en la orilla oriental del Vardar, formando un baluarte.

Entonces se presentó la oportunidad de intentar la unión con los serbios, que a la sazón habían retrocedido al camino que está al S. O., desde Veles al

paso de Babuna, y resistían allá. Desde Krivolak, punto el más avanzado ocupado por el general Sarrail, al paso de Babuna, hay unos 40 kilómetros; pero la distancia no refleja las dificultades que habían de vencerse.

Las fuerzas francesas tenían que apartarse de la vía férrea y marchar por un camino único, que se dirige desde Krivolak por Negotin y Kavadar al punto donde el largo puente de madera de Vozarci cruza la corriente impetuosa del Tserna, tributario del Vardar. Pasado este puente, es menester cruzar otro unos cuantos kilómetros más allá, sobre el torrente montañoso del Rajec, que desemboca en el Tserna, y luego de marchar con toda la impedimenta y municiones 30 ó 35 kilómetros, y cruzar dos puentes de madera en mal estado, que marcan la única línea posible de retirada, se encontrarían delante de las posiciones del ala izquierda búlgara, abiertas en las montañas que flanquean el Tserna, río que abre un claro en el muro rocoso del paso de Babuna, donde los serbios contenían al principal ejército búlgaro, que se derramaba hacia Monastir, partiendo de Veles.

El 15 de noviembre hubo un desesperado combate entre franceses y búlgaros, teniendo que luchar nuestros aliados en la relación de uno a tres. Los búlgaros, llamaron refuerzos de la columna que marchaba sobre Monastir y tenían excelentes posiciones de artillería; el ataque francés, falto de fuerzas bastantes, no consiguió tomar el monte Arcángel, llave de la posición búlgara.

Sin duda, este ataque hubiera sido renovado, si, entre tanto, los serbios no perdieran el paso de Babuna y tenido que retroceder hacia Monastir. De esta suerte, la posibilidad de establecer el enlace desapareció, y como esto era el principal objetivo, los franceses se contentaron con defender la cabeza de puente de la orilla izquierda del Tserna, que habían organizado en su primer avance.

Como resultado de este combate, el principal ejército francés ocupa ahora la especie de isla triangular que apunta a Veles y está limitada al O. por el Tserna, y al N. y al E. por el Vardar, no vadeables ninguno de los dos. Esta península, de unos 25 kilómetros de anchura, consiste en una meseta ondulada, y se asemeja a una fortaleza rodeada por un foso lleno de agua; se la denomina oficialmente «campo atrincherado de Kavadar», último pueblo que está casi en el centro del triángulo.

La desventaja principal de esta fuerte posición es que su única línea de comunicación, el ferrocarril de Salónica, está expuesta, cerca del Vardar, al fuego de la artillería búlgara. Y el único camino que hay para moverse en el interior, es el solitario que cruza diagonalmente desde Krivolak al puente de Vozarci.

Ese triángulo de Kavadar, que es la principal posición francesa en los Balkanes, brinda bastantes comodidades. Tiene agua buena, el terreno es salubre, tres pueblos con edificios de buena construcción, y campos a propósito para los aviadores. Pero una fortaleza no es más que una prisión, si no se puede salir de ella, por lo cual, los franceses han desembocado al otro lado del puente de Vozarci, por el O., y tendido un puente de pontones en Krivolak, por el E., gracias al cual pueden cruzar el Vardar y

poseer la altura dominante de Kara Hodyali (unos 5 kilómetros al N. de Krivolak, en el camino de Istip, desde la cual el enemigo, si la hubiera ocupado, hubiese podido barrer toda la posición con sus cañones,

La historia de los combates en Krivolak está sumida en las tinieblas. Las primeras tropas llegaron a Krivolak el 19 de octubre; consistían simplemente en un destacamento para custodiar la línea. El 23 de octubre, una parte de ellas fueron trasladadas a la orilla oriental del Vardar, a Pefelischte, en botes. pero el general que mandaba el cuerpo que se iba estableciendo en la vía férrea, no llegó hasta el 27 de octubre, cuando los ginetes búlgaros aparecieron en la cresta de las alturas de Kara Hodyali, que son de las más escarpadas que rodean las posiciones francesas.

El general comprendió desde luego la importancia de estas alturas de Kara Hodyali; apenas se apeó del tren, en la estación, exclamó: «Es preciso que ocupemos aquello, antes de que lleguen los búlgaros». Pero no había puente sobre el Vardar, a la sazón muy crecido. Una vieja barca turca sirvió para el transporte de tropas; la barca no cesó de hacer viajes durante todo el día y la noche. Desde entonces, se tendió un puente de pontones, con ayuda de algunos pontoneros ingleses enviados a buscar de Salónica.

Las avanzadas búlgaras se retiraron, pero su general, comprendiendo demasiado tarde que la posesión de Kara Dyalí le habría permitido dominar la cabeza de ferrocarril de Krivolak, ordenó un ataque el 30 de octubre. Los búlgaros, apoyados por sus cañones de 15 centímetros, fueron rechazados y tuvieron grandes pérdidas, aunque se acercaron tanto a los atrincheramientos de los franceses, que éstos pudieron hacer uso de las granadas de mano.

El 4 y 5 de noviembre, no tuvo mayor éxito otra tentativa de tomar la posición, por un movimiento de flanco, y tuvieron que atrincherarse frente a los franceses, por lo que los últimos abrieron una pequeña galería de mina. Ayer, mientras observaba la cresta desde una posición más baja, vi algo que me pareció la explosión de una mina.

Los franceses consideran seguro este baluarte vital de su posición, y le han cambiado el nombre por el de Kara Rosalía.

LOS ERRORES DE LOS INGLESES EN ORIENTE

Las operaciones de los ingleses en los Dardanelos han sido tenidas en el más escrupuloso secreto hasta últimos de octubre, en que se han dado a conocer una multitud de detalles interesantes; cambio de criterio que parece indicar el término de aquellas operaciones, por el desistimiento de abrirse paso a viva fuerza en la península de Gallípoli. El representante oficial de la prensa británica en los Dardanelos, Mister Ellis Ashmead Bartlett, dió una conferencia en el Salón de la Reina, de Londres, exponiendo su juicio sobre aquellas operaciones. La prensa inglesa ha dado el siguiente resumen de las manifestaciones de aquel periodista.

Mr. Bartlett dijo que en su opinión emprendimos las operaciones sin tener un conocimiento exacto del imperio turco. La guerra balkánica nos hizo

creer que los turcos se hallaban en sus postrimerías. Es verdad que han padecido grandes pérdidas en los Dardanelos y otros puntos, pero estima que tienen aún 800.000 hombres sobre las armas.

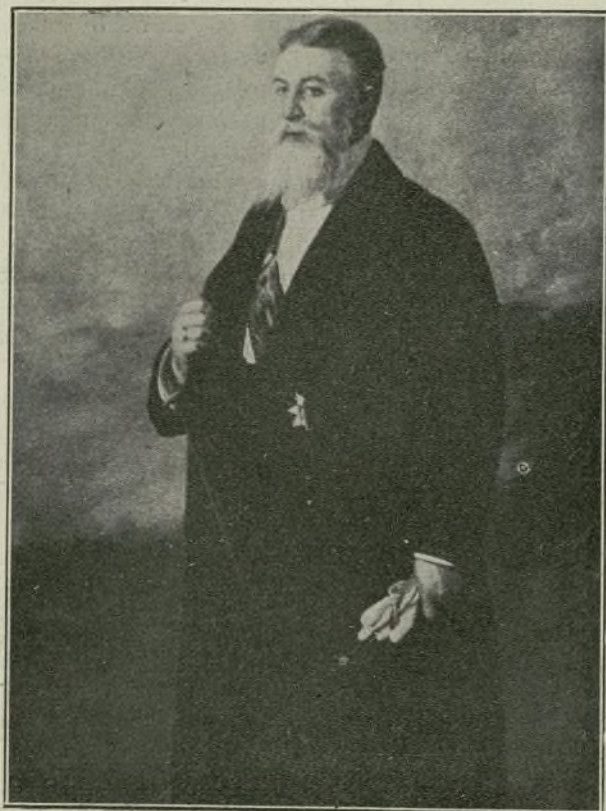
Después de describir los primeros ataques navales, explicó el desembarco en cabo Helles y la terrible lucha a que dió lugar; no creía que tuviéramos otra alternativa que elegir en cabo Helles, pero sostuvo que fué un error desembarcar tropas en Anzac. Si los australianos hubieran desembarcado en cabo Helles al mismo tiempo que la 29.^a división, la división naval y los franceses, nos hubiese sido posible conquistar Achi Baba, lo cual, aunque no un éxito decisivo, facilitara las operaciones subsiguientes.

Mr. Bartlett indicó el formidable carácter de Achi Baba, y añadió que después del ataque del 8 de mayo, cuando comprendimos que era imposible avanzar con las tropas de que disponíamos, debimos cambiar el plan. En vez de esto, permanecimos allí, y a medida que llegaban nuevas divisiones se las empleaba simplemente en ataques locales, que no nos producían la menor ventaja y, en cambio, envalentonaban a los turcos. Las operaciones terrestres tropezaban con la gran dificultad de no sernos posible concentrar el fuego de artillería sobre ciertas posiciones enemigas. Nuestros soldados no conocían el terreno y continuamente eran víctimas de nuevos ardides. La artillería era escasa, así como las municiones en los primeros días. Nos faltaban obuses, en particular, y aunque se trató de reemplazarlos con cañones de los barcos, no eran a propósito para batir las trincheras. En el mes de julio, el Gobierno decidió enviar fuertes refuerzos. Esto era esencial, pero más importante hubiera sido el atraernos a Bulgaria, cosa no difícil en aquellos días. Lo que debiéramos haber hecho es desembarcar tropas en la costa, mucho más cerca de la frontera turca, y enviar una gran comisión a Bulgaria. Un desembarco en Enos hubiera producido gran efecto en Bulgaria, aunque alargase nuestras líneas de comunicación. Todos parecían estar convencidos de que una vez forzados los estrechos, llegaríamos a Constantinopla en línea recta; nadie creía que los turcos tuvieran fortificado todo el canal, hasta Gallípoli y desde allí hasta el mar de Mármara.

El conferenciante nunca creyó que el desembarco en la bahía Suvla tuviera la menor probabilidad de éxito, y opinaba que, de todos modos, no podríamos sostenernos en nuestras posiciones. Fué un fracaso, primero, porque las tropas que desembarcaron allí no habían tomado aún parte en la guerra, se portaron muy bien, pero no había que esperar que soldados bisoños se trocarán rápidamente en tropas veteranas, cuando tampoco se disponía de oficiales aguerridos que las educaran. En segundo lugar, se implantó el sistema de guerra que ha sido la base de las operaciones en Francia; se obligó a los hombres a excavar trincheras y atacar las enemigas, distantes 200 ó 300 metros, bajo el fuego de artillería. Se dió por descontado que no cabían los ataques directos en aquel país tan quebrado, pero las condiciones se aproximaban más a las del tiempo pasado que a las del presente. Las tropas desembarcaban en un país difícil que impedía el enlace y el contacto, y como no estaban acostumbradas a moverse sin sus oficiales, padecían bajas inmensas. Además, el

inglés es uno de los hombres más sedientos del mundo, y nada se hizo para abastecerlo de agua, suponiéndose que la encontraría en tierra firme. Los turcos arrojaron cadáveres en las fuentes, y el agua dejó de ser potable. En otro concepto, el secreto se llevó hasta tal punto, que los oficiales no siempre sabían el objetivo propuesto, y los hombres, luego de haber desembarcado, tenían que esperar algún tiempo. Después de estos reveses, los agregados búlgaros en el ejército turco presentaron informes que cambiaron la situación.

Las potencias centrales tenían la inmensa ventaja de poseer las líneas interiores. Nosotros las hemos



Radoslavov, presidente del Consejo de Ministros de Bulgaria

atacado constantemente en las líneas exteriores de un gran círculo. Las tropas expedicionarias sufrieron mucho. Estuvieron navegando dos o tres semanas, padeció su disciplina, no pudieron practicar su instrucción, y es esencial que, en expediciones de esta naturaleza, se de algún reposo a la gente, antes

de enviarla al combate. En los Dardanelos empleamos nuestras tropas demasiado pronto. Al principio, no hubo medio de apoyarlas, porque hasta el último hombre tuvo que ser llevado a la línea de fuego; pero si hubiéramos reservado juntas las últimas fuerzas, instruyéndolas en una de las islas, su rendimiento fuera mucho mayor. Nos establecimos firmemente en los Dardanelos, pero no pudimos avanzar. No conviene aún hablar de la acción de nuestros submarinos en el mar de Mármara, pero, el día que sean conocidos los hechos, se comprenderá que su labor ha sido realmente admirable.

La más terrible tragedia de la guerra es la posición actual de Serbia. Ha desarrollado la mayor capacidad combatiente que hemos presenciado en esta guerra, y esto después de las dos campañas de 1912 y 1913. Nos comprometimos a ir en su auxilio, y nada hay de más deplorable efecto que contraer un compromiso y no cumplirlo. Serbia creía que quienes se habían ofrecido a apoyarla, no faltarían a última hora; pero la situación estratégica es tal, que no cabe pensar en salvar a Serbia este año. Los franceses han enviado cierto número de divisiones, y nosotros 13.000 hombres; pero esta fuerza no puede detener un fin inevitable. Serbia se verá obligada a inclinarse. Tampoco la salvaríamos aunque derramásemos grandes masas de hombres en Salónica; las dificultades de operar allí son enormes, y la única vía férrea está ocupada por el enemigo.

Tampoco sería posible enviar un ejército a Bulgaria este año. Sólo quedan tres o cuatro semanas para operar en buenas condiciones en aquel país, y tampoco poseemos un ejército bastante bien organizado para emprender un ataque formal; pero no hay razón para no mantenernos en Salónica y sostener nuestras tropas en Grecia. Es muy importante que el público no se deje impresionar por la idea de que desembarcando tropas en Salónica salvaremos a Serbia. Si hubiésemos sido previsores, pusiéramos oportunamente allá un ejército que, no sólo habría impedido que Bulgaria se alzara contra nosotros, sino que la obligara a formar a nuestro lado.

Hay una ventaja inmensa en obrar a la defensiva. Antes de que pudiéramos enviar tropas a Serbia, en cantidad suficiente para producir un efecto decisivo, Serbia habrá perecido, y nuestros enemigos ocuparán todas las posiciones defensivas que desean tener. Sería el mayor de los errores atacarles en esas posiciones.

CRÓNICA MILITAR

I. El principio de la división del trabajo aplicada a la guerra.—II. Acerca de la nueva campaña en Rusia.—III. La campaña en Mesopotamia.—IV. La situación el 10 de diciembre

I.—El principio de la división del trabajo aplicado a la guerra

El principio de la división del trabajo, tan fecundo en todos los órdenes de la actividad humana, ha sido admitido desde larga fecha en las organizaciones militares, pero la presente guerra está poniendo de manifiesto que en unos casos la aplicación de aquel principio ha conducido a resulta-

dos maravillosos, mientras que en otros apenas ha producido ningún fruto. El ejército está dividido en especialidades, subdivididas a su vez en ramas, cada una de las cuales tiene funciones propias y esferas de acción delimitadas, precaución necesaria, porque sin el orden y la ponderación no podría funcionar con regularidad un organismo tan complejo como es el ejército. No es ni será nunca posible comprender en el cuadro de los cometidos de cada subespecialidad

los progresos y nuevos inventos, que son una de las características de nuestra época, y que a menudo aparecen en direcciones no imaginadas; y tampoco resulta prudente, a veces, encomendar su estudio a las dependencias más afines, porque las novedades provechosas no suelen ser hijas de centros científicos o especialistas, sino del ingenio de una o más personas, cualquiera que sea el puesto que ocupen. De aquí que una buena organización no ponga jamás cortapisas a la labor e iniciativa individuales, sino que las someta a la condición única de que nadie, por correr en pos de lo nuevo, desatienda o menosprecie su cometido peculiar. Esta manera de ver las cosas, que es de carácter general, no implica sin embargo que el nuevo invento o medio de guerra quede vinculado en la dependencia, ni siquiera en la especialidad que lo propuso; al contrario, una vez admitido y elevado a la categoría de servicio normal, pasa a depender de la corporación con la cual tiene más afinidad.

En la división del trabajo hay que distinguir, por consiguiente, dos formas de aplicación: una, prohibitiva, funesta, que establece límites de los que nadie puede salir; otra, amplia, que deja libertad a todos, aunque sin envolver la idea de que el nuevo elemento de guerra o servicio quede para siempre en la entidad que lo originó. En realidad, este último criterio es el único admisible, porque nada tiene que ver el pensamiento creador con el funcionamiento de su aplicación en el ejército.

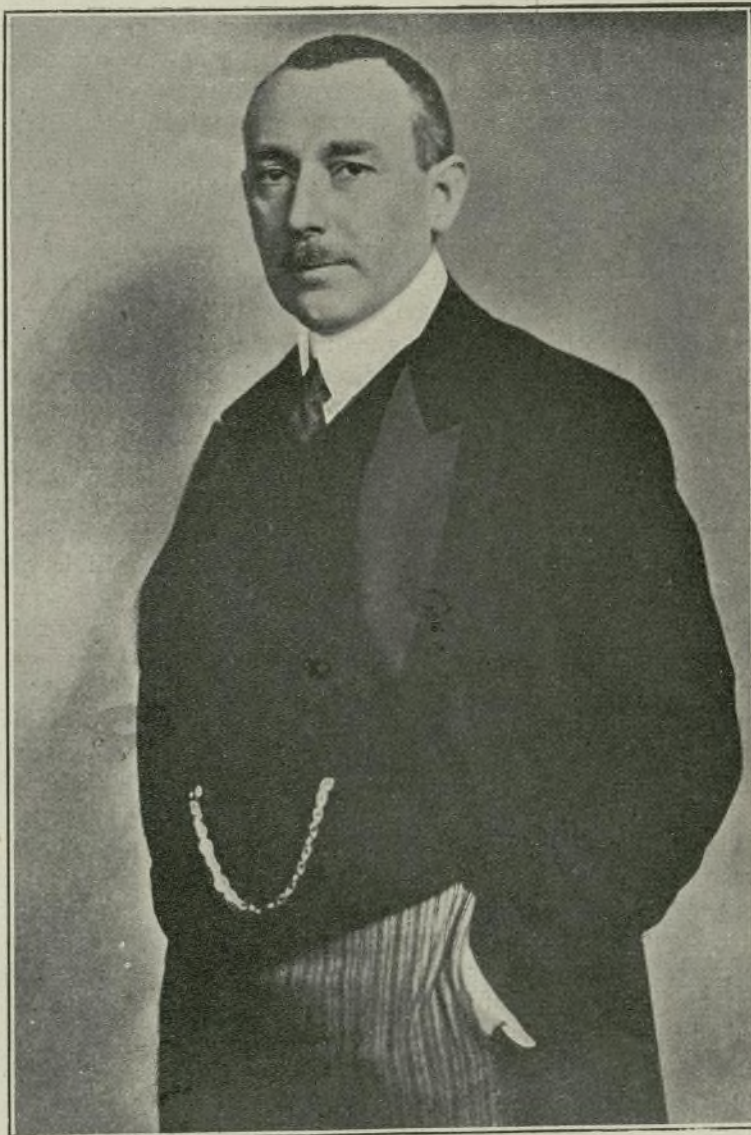
Un ejemplo de interpretación restringida, nunca estrecha, de la división del trabajo lo ofrece el ejército ruso; el caso inverso se encuentra en el ejército alemán, y, más que en ninguno, en el inglés, que deja muy atrás a todos los de Europa en este respecto.

Como demostración de ello, bastará recordar la Escuela británica de oficiales torpedistas de Vernon, a la que se deben no pocos de los más modernos métodos de guerra. De aquel centro surgieron los submarinos, el empleo de la radiotelegrafía, la aviación, los hidroaviones y los automóviles acorazados, ninguno de los cuales progresos ha quedado en la Escuela.

Ella los ha llevado a la práctica y ha sido la primera en emplearlos, pero una vez desarrollados los diferentes servicios han ido pasando a figurar y depender de otros centros. Ahora los automóviles acorazados están a cargo de los oficiales aviadores navales que han organizado divisiones, compuestas de una sección de cañones pesados, otra de cañones ligeros, una ciclista y otra de vehículos talleres, para las reparaciones más urgentes. Sin embargo, terminada la guerra, o tal vez antes, las divisiones de automóviles acorazados se destacarán por completo de la Escuela de torpedistas, a la cual ya

no pertenecen, de hecho, ni en su administración, ni en su régimen.

Hace más de un año que esos automóviles aparecieron en el frente occidental. Al principio se les utilizó en los reconocimientos, en combinación con los aeroplanos y con la caballería. Sucesivamente fué ampliado este servicio, con excelentes resultados, sobre todo durante la retirada que precedió a las batallas de Flandes. Más tarde, la guerra de trincheras obligó a prescindir de él, y entonces fueron enviados algunos automóviles acorazados al África occidental y a Gallípoli, donde se les empleó como tractores para desmajar y arrancar las alambradas



Her Helfferich, ministro de Hacienda en Alemania

turcas. Gracias a la gran movilidad de los vehículos, apenas han sido alcanzados por los proyectiles enemigos. La coraza, sin poseer resistencia contra el choque directo de una granada, protege eficazmente de los cascos, balines de shrapnel y balas de fusil y ametralladora, a pesar de lo cual no pocos oficiales y soldados de este servicio cayeron bajo el plomo turco en Gallípoli, por haber sido empleados los automóviles, en varias ocasiones, en primera línea para rechazar los contraataques de los otomanos.

Justo es consignar que los oficiales torpedistas no hicieron más que perfeccionar y dar caracteres prácticos, a los automóviles rudimentariamente acoraza-

dos de que se sirvieron los belgas desde los primeros días de la guerra. Hoy, figuran en todos los ejércitos beligerantes, y no es ciertamente el alemán quien posee menos ni más débiles carruajes de esta clase.

II.—Acerca de la nueva campaña en Rusia

El tiempo ha ido borrando los recuerdos de la última campaña de Rusia y ha vuelto a surgir la creencia, que se extiende cada día más, de que el ejército ruso no ha sido quebrantado y aparecerá, en la primavera próxima, más fuerte que nunca. Se baraja el número de millones de hombres de la inmensa Rusia, el material de guerra que recibe de Estados Unidos y Japón, y el esfuerzo de la industria nacional dedicada a producir municiones, y se llega a una conclusión tan falsa como todas las basadas en generalidades y conceptos abstractos. Conviene puntualizar algo más, y como no cabe adivinar el porvenir, forzoso será atenerse al pasado para deducir, con probabilidades de acierto, el desenvolvimiento de los sucesos futuros.

Ante todo, conviene hacer hincapié en algo no conocido hasta fecha reciente. Los alemanes no extremaron su ofensiva, ni llevaron su empuje al límite consentido por las fuerzas de que disponían. Más de una maniobra envolvente—entre otras la final de Vilna—no tuvieron pleno éxito, por no resolverse los generales alemanes a sacrificar el número de soldados que exigía la completa victoria. La campaña de Rusia se ejecutó, por parte del invasor, con la manifiesta tendencia de padecer las menos bajas posibles, y su principal objetivo se cifró en la conquista de la línea de plazas fuertes del Niemen, Narev y Vístula; conseguida esta finalidad, las operaciones se enderezaron a perseguir a los rusos en retirada, sin comprometerse en sangrientas batallas, que no podían tener otra consecuencia que el apresar a más o menos millares de soldados, elemento el menos valioso para Rusia, que tantísimos hombres tiene en sus depósitos. Caídas las fortalezas, capturada casi la mitad del material total de artillería, destruidos los ejércitos de primera línea, y ocupadas las provincias más industriales y ricas, hubiera sido una locura pretender exterminar a las tropas moskovitas, punto menos que inagotables; cada alemán perecido en el campo de batalla es de difícil reemplazo, y para causar al adversario un daño equivalente hubiera sido menester que a cada baja alemana correspondieran ocho rusas. Por eso, el segundo período de la campaña se distinguió por la actividad de la persecución y la falta de batallas.

Sentado este preliminar, desde primeros de septiembre, que fué conquistada la última fortaleza rusa, a principios de marzo, época probable del comienzo de la campaña ofensiva de los invadidos, median seis meses, plazo más que suficiente: 1.º para recomponer, reforzar y artillar las fortificaciones permanentes que, erigidas contra un avance alemán, se han trocado ahora en muro que defiende de los ataques rusos; 2.º para aumentar el número de caminos y ferrocarriles, y mejorar los existentes, que enlazan el actual frente de batalla con el interior del Imperio alemán; 3.º para organizar posiciones semipermanentes y de campaña, que rompan el ímpetu ruso, se opongan a la maniobra en grande escala y den tiempo a la llegada de refuerzos. El resultado de todo ello será que la actual línea alemana superará en

condiciones de resistencia a la antigua de los rusos, y podrá ser defendida por fuerzas relativamente escasas. Las fortificaciones del frente occidental no pueden compararse siquiera con las del oriental; las cubre un ejército que probablemente no llegará a la mitad del anglo-francés; la continuidad de la línea es un motivo de debilidad que no se encuentra en el opuesto teatro de operaciones; y no hay en Flandes y el N. de Francia los ríos caudalosos que tanto protegen en Rusia. Por si esto fuera poco, tienen a su espalda los franceses una espléndida red de comunicaciones, el país es rico y están abiertos los caminos marítimos y no pocos terrestres que conducen a todos los rincones del mundo: ventajas de que carecen los rusos. No obstante, los alemanes se sostienen hace más de un año en el frente occidental, sin que sea bastante a arrojarlos de allí la aptitud para la ofensiva que posee el soldado francés, tan diferente del ruso, y los conocimientos y práctica del generalato de la República, superior a todas luces al moskovita.

Según esto, no es de creer que los rusos, si, como se dice, se aventuran en una campaña ofensiva, obtengan éxitos que los franceses no han podido alcanzar. A lo sumo, llegarán a la cortina fortificada de los tres ríos, pero ante ella se agotarán en estériles ataques. Lo contrario, sería casi un milagro. Más fuerte el frente alemán de Rusia que el del Oeste, ejército más maniobrero el francés que el ruso, y en mejores condiciones y más eficazmente abastecidos los anglo-franceses que sus aliados del Este, ¿es admisible que el éxito negado a los primeros se otorgue a los últimos?

Por consiguiente, con las tropas que actualmente tienen los alemanes en Rusia pueden prolongar casi indefinidamente la guerra, sin perder la Polonia ni la Lituania. A los otros teatros llevarán el nuevo reemplazo de 1916, y aún dispondrán de un amplio suplemento, compuesto de soldados turcos. Si Rusia persiste en negarse a concertar la paz, ninguna fuerza humana será capaz de imponérsela, como no provenga del interior del país, pero, una vez convencida repetidamente de la inutilidad de sus esfuerzos para reconquistar las provincias perdidas ¿persistirá en continuar la guerra, si sus aliados son vencidos y ve en perspectiva una nueva ofensiva alemana?

De esta suerte, aun admitiendo que los austro-alemanes desistan de toda acción contra Rusia y se concreten a mantenerse a la defensiva, no se vislumbra que la decisión del conflicto venga del Este; habrá que buscarla en otros teatros. Para Alemania fué decisiva la campaña en el frente oriental, porque dió seguridad a sus fronteras y desarmó o inutilizó al enemigo más formidable. Las consecuencias de las victorias que obtuvo se van patentizando poco a poco, primero en los Balkanes, después ¿quién sabe dónde? pero no por eso dejan de ser evidentes y de estar a la vista de todos. La resolución definitiva que recaiga en otro u otros frentes, si es favorable a los Imperios centrales, dimanará del resultado de la campaña que terminó con la maniobra de Vilna; mientras que si los aliados salen a la postre victoriosos, no deberán el triunfo a Rusia, que en lo futuro no podrá hacer más que cooperar en la obra común.

Esto, partiendo de la hipótesis de una ofensiva rusa, que implica una actitud expectante por parte de los austro-alemanes. No es de esperar, como no

sea muy grande el agotamiento de los germanos, que los sucesos se desenvuelvan en esta forma. Es posible acabar con la resistencia de Rusia, si no destruyendo todos sus ejércitos, extendiendo la guerra a las provincias meridionales, porque es difícil que el pueblo moskovita soportara con paciencia una nueva amputación que, con la ya sufrida, le privaría de los medios de subsistir y paralizaría todo el comercio. Hace mucho tiempo que se presiente esta última campaña, que está enlazada directamente con la de los Balkanes, porque en ella ha de desempeñar Rumanía un papel muy importante. Si este último reino se obstina en la neutralidad o se pone al lado de los rusos, es probable que los austro-alemanes persistan en la defensiva desde el golfo de Riga a

Volinia; si les sonríe la suerte en los Balkanes, Rusia habrá de temer una nueva estocada, más dolorosa aún que la ya recibida. Abriéndose paso hasta Bulgaria, los Imperios centrales no sólo apuntan a Egipto, sino que tienen muy en cuenta la Galizia oriental, el Sur de Volinia y la Besarabia, amén de las costas de Albania, que miran a Italia. Es la aplicación de la teoría de la línea interior, engrandecida en términos que asombran, porque las simples redes de caminos se han trocado en reino para todos los efectos estratégicos. Y la prueba de ello está en que la actitud rusa

en el Duina y Volinia se ha paralizado apenas los serbios han traspuesto las fronteras albanesa y montenegrina; Rusia ha tardado en comprender todo el alcance de la invasión de Serbia, pero al fin se ha enterado y ha vuelto su atención hacia la Besarabia y los confines de Rumanía.

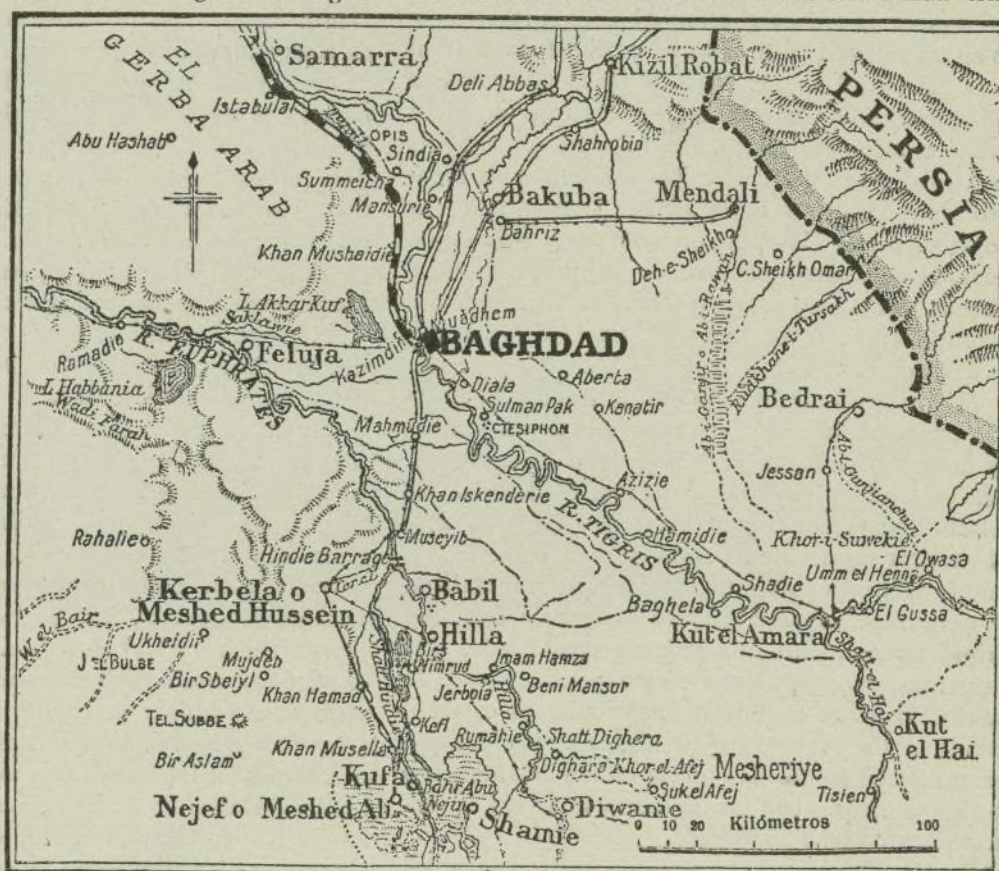
III.—La campaña en Mesopotamia

Escasísimas han sido las noticias que iban dando los ingleses sobre las operaciones de su ejército de la Mesopotamia, y todavía menos frecuentes y más lacónicas las de origen turco. El combate de Ctesifón que ha puesto término, por ahora a lo menos, a la atrevida incursión de las tropas mandadas por el general Nixon, ha roto el velo del misterio, y se empiezan a conocer detalles.

Después del fácil desembarco en las costas del golfo Pérsico y de un combate en Sahil, en las orillas del Schatt-al-Arab, los ingleses avanzaron hacia la importante ciudad de Basra, que los turcos evacuaron sin combate. El objetivo siguiente fué Kurna, donde el viejo canal del Eufrates desagua en el

Tigris; los turcos estaban fuertemente atrincherados y fracasaron los primeros ataques, lo que obligó a llamar refuerzos, que fueron conducidos por el río. Se reanudó la lucha, en el mes de julio, y gracias a un movimiento de flanco sobre el Eufrates se consiguió que los turcos evacuaran la posición. El 28 de septiembre, los invasores libraron la batalla de Kutt-el-Amara, que no fué decisiva; turcos e ingleses vivaquearon en el lugar de la acción, pero al amanecer los primeros habían desaparecido y los segundos quedaron dueños del campo. Dos meses después, volvieron a verse los dos adversarios, en Ctesifón.

Toda esta campaña se desenvolvió, por parte de los turcos, con el manifiesto propósito de rehuir un encuentro decisivo. Los combates solían tener



La retirada de los ingleses en el Tigris

lugar por la noche, en forma de sorpresas intentadas con escasas fuerzas, sin que se alcanzara nunca al grueso del ejército. De vez en cuando, presentaban encarnizada resistencia en algún punto, y súbitamente desaparecían a favor de la obscuridad de la noche. Como consecuencia, los ingleses avanzaban penosamente, tenían bajas casi a diario, y no lograban batir al enemigo. No parecía sino que éste se complacía en atraerlos al interior.

La principal dificultad con que tropezaban los invasores no consistía en la oposición turca, sino en el clima y en los abastecimientos. Se había organizado una flotilla en el Tigris, y este río era la única línea de comunicaciones y, en cierto modo, también de operaciones. Los turcos se esforzaban en alejar a los ingleses del Tigris, y lo consiguieron en Ctesifón. No pudiendo apartarse del río la columna mandada por el general Townshend, conocía de antemano el adversario los puntos más favorables para molestarla y atacarla sin peligro, ardid que menudeaban a medida que se acortaba la distancia a Bagdad, en la misma proporción que se crecían los obs-

táculos para un abastecimiento regular, efectuado exclusivamente, lo mismo que los transportes de tropas y la evacuación de heridos y enfermos, por la vía fluvial. En tales condiciones, la campaña desarrollada por los ingleses ha sido verdaderamente extraordinaria, y de una audacia que sólo se concibe ante un enemigo irregular. El éxito requería, no solamente una flotilla muy numerosa, sino la instalación de puestos militares de trecho en trecho, precaución que no observaron los ingleses por no disponer de los medios indispensables para poner en condiciones de seguridad y de bastarse a sí mismas a las guarniciones de aquellos puestos. Se necesitaba, en suma, más que una línea de comunicaciones, por perfecto que fuera su funcionamiento, otra de etapas y de operaciones, que brindara fuerte apoyo en las retiradas y sirviera para robustecer el frente de batalla. Pero los ingleses emprendieron esta campaña casi con la misma despreocupación de las que ejecutaron en Egipto, el Sudán y otras regiones de África, y aun de Asia, cuyos comienzos se señalaron por desastres inolvidables. Ciertamente, las tropas turcas de Mesopotamia eran pocas y de escaso valor militar, pero operaban en su propio país, y además, tenía que contarse con la intervención, cuando menos, de los alemanes, en la dirección de las operaciones.

Mientras los turcos se fueron retirando, la invasión progresó sin que el plomo enemigo causara bajas desproporcionadas con el terreno conquistado, toda vez que las mayores pérdidas se debieron a las enfermedades; mas como el ejército invasor no contaba con otra garantía de éxito que la del ejército, todo él agrupado, sin retaguardias, que combatía en primera línea, es claro que una derrota de éste implicaba forzosamente una retirada prolongada, casi sin pausas, a lo largo del río, y sin posibilidad de maniobrar ni de encontrar amparo en el camino. Esto es lo que sucedió en Ctesifón, y no hay por qué maravillarse de ello. Los turcos sabían de antemano por dónde flaqueaban los ingleses y cuál era su dirección de marcha retrógrada.

En Ctesifón resistieron dos días, apartaron a los ingleses del Tigris, e inmediatamente ejerció sus efectos la falta de agua y la escasez de víveres. Es probable que alguna circunstancia, todavía no conocida, impidiera que los barcos se acercaran al ejército. Atrincherados los turcos en las ruinas de Ctesifón, a unos 6 ó 7 kilómetros del Tigris, en el flanco de la dirección que seguían los ingleses, éstos tuvieron que atacarlos y, sin duda, internarse todavía más hacia el E. llevados por las incidencias de la batalla. Las últimas noticias recibidas de aquel teatro alcanzan al día 3. En su precipitada retirada, los ingleses han abandonado material de guerra y varios barcos han sido echados a pique, cayendo otros en manos de los turcos. El ejército inglés se encontraba en dicha fecha en Kut-el-Amara.

IV.—La situación el 10 de diciembre

Reina la calma en el frente ruso y en el Cáucaso, y nada saliente hay que mencionar en Francia, ni en Gallípoli. Han cesado los ataques italianos contra las posiciones de Goricia, terminando con el mismo resultado desgraciado que las anteriores esta cuarta tentativa de avance.

Imp. Castillo.—Aribau, 177.

En los Balkanes, los austro-húngaros y los búlgaros han invadido Montenegro por el N. y E. Plevlye, Byelopolye, las avenidas de Berane, e Ipek, han caído en sus manos; los restos del ejército serbio apenas oponen resistencia y se entregan prisioneros, en grandes masas; los montenegrinos se defienden con más tenacidad en el N., pero sin comprometerse seriamente en combate.

Toda la Macedonia serbia, hasta las fronteras de Albania y Grecia y el Tserna, ha sido ocupada por alemanes y búlgaros. Parte de las tropas de von Gallvitz han llegado a la vista del frente francés. Como consecuencia de este hecho y del empuje de los búlgaros, los aliados se repliegan hacia el S., habiéndose apoderado los búlgaros de la estación de Demir-Kapu, al N. del desfiladero de este nombre, y de Kosturino, al S. de Strumnitza. Este retroceso de los aliados, que les ha llevado a mitad de la distancia a la frontera griega, se habrá debido probablemente a una amenaza de envolvimiento emprendida por los búlgaro-alemanes en el alto Tserna, y acaso también a la aproximación de otras tropas turcas o búlgaras al E. del Vardar. Si es así, la retirada continuará sin interrupción hasta la frontera griega. Los alemanes apenas dan noticias de este teatro.

No se conoce aún el punto de destino de los contingentes ingleses enviados a Oriente y que no han desembarcado en Salónica.

Se extiende la guerra en Persia. Los rusos han sido derrotados cerca de las fronteras del Kurdistán. La agitación entre los musulmanes se ha corrido al Sur, sin duda fomentada por las derrotas de los ingleses en el Irak.

En este último frente (Mesopotamia), las dos divisiones del general Townshend se han retirado rápidamente a Kut-el-Amara. El 29 de septiembre se libró un combate en este punto; el 22 y 23 de noviembre tuvo lugar la batalla de Ctesifón, que se reanudó el 25, día en que definitivamente fueron derrotados los ingleses. Los 130 kilómetros que siguiendo el camino de las caravanas separan a Ctesifón de Kut-el-Amara, tardaron en ser recorridos por los ingleses, en su marcha invasora, 54 días; mientras que en desandar el mismo camino han invertido ocho, lo cual da un promedio de 16 kilómetros diarios. En realidad, han sido muchos más, porque el camino que se desenvuelve junto al Tigris—del cual no pueden apartarse los ingleses, porque es su verdadera línea de comunicaciones—mide más de 200 kilómetros. La precipitación del retroceso explica las abundantes pérdidas de material, incluso cañoneros y monitores fluviales, padecidas por la columna invasora. Las bajas inglesas, según los partes del Ministerio de la India, ascienden a unos 5,000 hombres. Desde su desembarco en las costas del Golfo Pérsico hasta su llegada a Kut-el-Amara, el 29 de septiembre, tardaron los ingleses más de diez meses. Kut-el-Amara está fortificado y se presta a una larga defensa.

El nombramiento del general Joffre para el mando supremo de los ejércitos franceses—excepto los coloniales,—plantea una cuestión que merece ser examinada más despacio.

JUAN AVILÉS
Coronel de Ingenieros

11 diciembre 1915

Derechos reservados